

El descanso de permanecer: Arraigo en la cruz y nuevos horizontes

Cuaresma 2026

Vivimos en un tiempo de voces superpuestas, de inmediatez permanente y conectividad absoluta. Se espera que opinemos, que respondamos, que tomemos postura sin pausa. Las agendas reclaman nuestra atención entera y, casi sin advertirlo, nuestra alma se fragmenta. Nos dispersamos.

Pero en medio de este cansancio, Cristo permanece como centro y refugio. La respuesta no es nueva ni sofisticada; es, paradójicamente, antigua y desafiante: volver a la cruz. A lo largo de la historia, la tentación ha adoptado distintas formas, pero ha mantenido el mismo propósito: distraer el corazón y desplazar lo esencial.

En Corinto, la cruz comenzaba a quedar opacada por la elocuencia humana y las lealtades de sus líderes eclesiales. La comunidad se organizaba alrededor de nombres, afinidades y discursos, y no alrededor de Cristo crucificado. Por eso Pablo advierte con claridad: “para que no se haga vana la cruz de Cristo” (1 Co 1:17). El peligro era vaciarla de su centralidad al mezclarla con el orgullo humano.

Esta advertencia no era solamente para la vida devocional de la iglesia; era también una corrección a la manera de comprender y comunicar el evangelio. La cruz no solo moldea la espiritualidad, sino también la forma en que pensamos, enseñamos y ejercemos liderazgo. Cuando la teología se separa del Crucificado, corre el riesgo de convertirse en un ejercicio de elocuencia, en afirmación ideológica o en búsqueda de reconocimiento académico y social.

Arraigarse en la cruz es volver al centro cuando todo nos empuja hacia la dispersión. Es regresar a la verdad sencilla del evangelio: Cristo en nosotros, esperanza de gloria. En un mundo que premia la reacción inmediata, la cruz nos conduce al silencio. Allí se purifican las motivaciones. Allí el deseo de tener razón, de imponernos o de ser reconocidos pierde fuerza. Frente al Crucificado recordamos que no somos redentores, sino redimidos.

Si la cruz forma nuestro carácter antes que nuestra agenda, también debe formar nuestra manera de hacer teología. Una educación teológica arraigada en el Crucificado no busca producir voces más elocuentes, sino comunidades más fieles, relaciones más íntimas. No persigue relevancia cultural a cualquier costo, sino discernimiento humilde. Y la resurrección, lejos de empujarnos a la hiperactividad, nos libera para enseñar y servir desde la esperanza, no desde la ansiedad por demostrar nuestra pertinencia profesional.

En un tiempo que nos exige “hacer y hacer”, la resurrección nos devuelve al descanso de permanecer. No somos llamados a sostener el mundo con nuestras manos, sino a vivir desde la obra consumada de Cristo. La cruz nos libera del activismo ansioso y nos recuerda que la verdadera fecundidad nace en la intimidad. Solo de esta manera podremos reconocer los nuevos horizontes que la resurrección abre ante nosotros: no posiciones que ocupar ni espacios que conquistar, sino el gozo profundo de caminar con Cristo en los procesos que Él mismo sostiene.

CUARESMA 2026

Reflexiones Teológicas

Arraigados en la Cruz,

Nuevos Horizontes
de Resurrección

—
Rooted at the Cross,
New Horizons of Resurrection



Laura Camila Jiménez es estudiante de último año de Ciencia Política en la UBA y joven cristiana apasionada por integrar valores de fe en la esfera pública. Cuenta con trayectoria internacional en liderazgo juvenil, ecumenismo y construcción de paz en Latinoamérica. Actualmente, impulsa proyectos dedicados a la dignidad humana y la incidencia política.

Conoce más → aeth.org | [f](#) [@](#) [X](#) [▶](#) [aeth_org](#)

#SomosAETH